

## EL SENTIDO DE LA PATRIA Y LA RELACIÓN CON LOS PADRES

Debido a que la palabra *patria* comporta una relación a los padres, intentaré hacer algunas reflexiones sobre los aspectos psicológicos de dicha relación; primero siguiendo a Santo Tomás, y luego tal como se presenta en nuestra época — enraizada en el pensamiento filosófico de la modernidad — que le da un cariz conflictivo pero esencial, sobre todo a partir del desarrollo del psicoanálisis en el siglo XX. Siendo la familia el núcleo de la sociedad, en la que nacemos y vivimos, allí conocemos las más fundamentales virtudes que se llevarán luego a la vida comunitaria. Por eso tendremos en cuenta que estas relaciones familiares y las actitudes formadas en torno a ellas, tienen graves consecuencias en la vida personal y social.

El modelo de toda relación humana es la vida Trinitaria, patria en sentido pleno y vocación suprema del hombre. Cuando Santo Tomás trata sobre las procesiones trinitarias, explica que *generación* puede entenderse en dos sentidos: de un modo general aplicándose a todo lo que se produce, y en este caso no es más que mutación del no-ser al ser; y en otro sentido aplicado a los vivientes, significa el origen de un ser vivo que proviene de un principio viviente con el cual está unido, y a esto se le llama propiamente *nacimiento*. Sin embargo lo que así procede puede llamarse *hijo*, sólo en cuanto hay una razón de semejanza que le da el tener la misma naturaleza específica.

En la Trinidad, la relación de paternidad (principio de la generación) es el Padre, y la filiación (que procede de ese principio) es el Hijo. En el dinamismo trinitario el Padre y el Hijo se unen por el Amor, y justamente es por medio del Espíritu Santo que nosotros nos hacemos semejantes a Cristo, Imagen perfecta del Padre.

Afirma el Aquinate que: «en Dios Padre y en Dios Hijo se realiza plenamente la razón de paternidad y filiación»<sup>1</sup>. En cambio en las criaturas, la filiación respecto de Dios no se halla en toda su perfección, ya que ellas y el Creador son de naturalezas distintas. Sin embargo, también se dice a Dios Padre de las criaturas, aunque de forma diferente según la semejanza que cuanto más perfecta sea, tanto más conformidad hay al concepto de filiación. En las irracionales sólo hay vestigio, en las racionales hay semejanza de imagen. «Es, además, Padre de algunos por la semejanza de gracia, y a éstos se llama hijos adoptivos, en cuanto por el don de la gracia recibida están ordenados a la herencia de la gloria eterna, según dice el Apóstol: *El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; si, pues, hijos, también herederos*. Por fin, lo es de algunos por la semejanza de la gloria, en

---

<sup>1</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, S. Th. I q. 33 a. 3 corpus.

cuanto la poseen ya como herencia, según el mismo Apóstol: *Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios.*»<sup>2</sup>

El Hijo procede eternamente del Padre antes que todas las creaturas, y a éstas se les atribuye la *filiación* en la medida en que participan de alguna semejanza con el Hijo. Por eso el hombre está llamado, en unión a Cristo y por su gracia, a ser hijo de Dios y heredero del reino de los cielos. Entrar en la vida trinitaria, participando de ella en el Hijo, es su sublime vocación. Ser hijo en el Hijo y poder decir “Padre nuestro”, nos remite a lo más profundo de nuestro ser; impregna toda nuestra existencia, toda la vida psíquica, nuestra mente, nuestros afectos, acciones y relaciones. Y la perfección de esta vida se encuentra en no hacer nuestra voluntad sino la del Padre, como Cristo quiso cumplir con la Voluntad de su Padre. Y para esto es necesario que el Espíritu Santo venga en nuestra ayuda. *Comulgando* con el Hijo, nos hacemos semejantes a Él, alabamos al Padre y nos unimos en el amor a nuestros hermanos. Este es el verdadero fundamento del amor fraterno.

El cumplimiento de la ley, aquello que Dios nos manda, llega a su plenitud en el amor a Dios y al prójimo. Después de Dios, estamos obligados a amar a todos, pero de manera especial a los que están más unidos a nosotros. Los más cercanos en este sentido son el padre y la madre. Quien teme al Señor honra a sus padres, y en esto se honra a sí mismo. Así explica Santo Tomás la reverencia que hay que tener hacia nuestros padres, cumpliendo el cuarto mandamiento.

Según el Aquinate recibimos de nuestros padres tres cosas, a saber: 1º) la estabilidad en cuanto al ser, 2º) el alimento, la protección y lo necesario para la vida, y 3º) la enseñanza del temor de Dios y la huída de todo pecado. Y justamente porque enseñan, hay que obedecerles.

Pero aclara Santo Tomás que también hay otros “padres”, algunas personas que no se las llama así por la generación carnal, sino porque se les debe reverencia debido a su doctrina y ejemplo de fe; por eso debemos imitarlos y honrarlos obedeciéndoles. Estos son: los Apóstoles, los santos, los prelados y ministros de Dios, los bienhechores, los gobernantes que procuran el bien del pueblo (Santo Tomás dice los reyes y los príncipes), porque «en cierto modo llevan la semejanza del padre que está en el cielo»<sup>3</sup>. Es por un llamado especial de Dios, y un honor, el ser partícipes de esta “paternidad”.

---

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De los diez preceptos de la caridad y diez mandamientos de la ley*, tr. Fr. A. Skewes O.P., Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1947, 60.

Pero por otro lado, podemos decir que también en esto se conoce el “buen padre” que responde a ese llamado, no sólo en cuanto otorga el ser y otros bienes, sino también en cuanto procura su cuidado y crecimiento, principalmente el espiritual, con la enseñanza de la fe y del cumplimiento de la Voluntad de Dios.

Más adelante Santo Tomás recalca el hecho de que sólo al cuarto mandamiento se le añade un premio: «*Para que tengas larga vida en la tierra*». Y esto significa principalmente la gracia en la vida presente y la gloria en la futura, la vida larga que en la tierra no se mide por el tiempo sino por sus acciones, por su plenitud, y esta vida es plena en cuanto es virtuosa; «por esto el virtuoso y el santo viven mucho, aunque pronto mueran corporalmente: “Con lo poco que vivió, llenó la carrera de una larga vida. Porque su vida era grata a Dios” (*Sab. V*)»<sup>4</sup>. A estos merecimientos se les suman: la buena fama, los consuelos, las riquezas, etc.

Pero los tiempos modernos hicieron una *inversión diabólica* de este precepto y de la relación más fundamental de la vida del hombre: la relación a Dios como Padre, dador del ser y de todos los bienes; y su destino más sublime: vivir en plenitud el amor de hijo, por su incorporación a Cristo.

El psicoanálisis, iniciado a fines del siglo XIX siguiendo el pensamiento kantiano y otros autores de la filosofía moderna, pero desarrollado en el siglo XX donde alcanzó su máxima popularidad, se centra en el tema de la paternidad, pero tergiversando su sentido más profundo. Sin desconocer, sin duda, la importancia de este tema en la vida el hombre — por la relación a su más fundamental vocación —, afirma que el complejo de Edipo es el núcleo de toda la dinámica psíquica (*kernkomplex*). El mito del rey Edipo sirve para proclamar la necesidad de lograr una identificación positiva y adulta a través de la superación del conflicto triádico. Y a esto se llega “matando” al padre y ocupando su lugar. El complejo de Edipo simboliza la rebelión a Dios, la actitud que debe asumir todo hombre para encontrarse a sí mismo y lograr la propia identidad.

Como lo hizo notar Lacan, la noción de padre en el psicoanálisis va más allá del padre real e histórico de cada uno, no remite a la presencia o carencia del verdadero progenitor. Tiene un sentido simbólico, pues se refiere principalmente a *la relación del hombre con Dios*. Y en esto Freud, y todo el psicoanálisis, aciertan en cuanto a que sin duda es la temática central de la vida psíquica y del estudio en la psicología; si bien los psicólogos de hoy en día — sea por ignorancia o incompreensión — se niegan a tratar este tema con una verdadera apertura al ámbito que le corresponde (filosófico y teológico).

---

<sup>4</sup> *Ibid*, 57.

Para explicar el psicoanálisis las raíces de la religión y la moral — en relación al complejo de Edipo, que es central — introduce Freud la hipótesis de una horda primitiva compuesta por un padre tiránico y cruel que acaparaba a todas las mujeres manteniendo a sus hijos sojuzgados, bajo la amenaza de la castración. Los hijos abrigaban hacia él sentimientos ambivalentes: por un lado admiraban su poder, junto a la necesidad de protección; por otro, lo envidiaban y *deseaban ocupar su lugar* para tener sus privilegios. *Prevalció el odio* y decidieron dar muerte a su padre, cometiendo el *parricidio*. Asesinaron al padre y *comieron* su cadáver. Entonces se vieron en la necesidad de establecer reglamentaciones que aseguraran la convivencia fraterna. Más adelante, acuciados por el ansia de protección paterna se instituye el *sacrificio*, la comida ritual, el acto simbólico que reproduce el crimen<sup>5</sup>. Freud pone énfasis en el odio que albergaban los hijos hacia su padre, que luego comiéndolo, adquieren sus características.

Esto se repite en la vida psíquica y, según Freud, es por esto que el niño desea ocupar el puesto del padre. Este cuadro afectivo es la raíz de las vivencias que tensionan al individuo. La resolución de este conflicto termina en la identificación con el padre y la afirmación de su masculinidad. Lacan aclarará luego este proceso descrito por Freud y su profunda realidad espiritual: el mito de Edipo con el asesinato del Padre es en función del *odio a Dios*. Afirma Lacan: «Ese padre imaginario, es él, y no el padre real, el fundamento de la imagen providencial de Dios. Y la función del superyó, en último término, en su perspectiva última, es odio de Dios, reproche a Dios, por haber hecho tan mal las cosas. / Tal es, creo, la verdadera estructura de la articulación del complejo de Edipo.»<sup>6</sup>

Mediante la hipótesis de la horda primitiva, explica Freud el pecado original diciendo que fue un asesinato, el del padre, y se pagó con un sacrificio, el del hijo. La doctrina cristiana es, en este sentido, la que mejor expresa la culpabilidad emanada del crimen original. El pueblo judío negó siempre el parricidio y el asesinato de Dios. Por eso opina Freud que el cristianismo es superior incluso al judaísmo, es más perfecto, es la culminación de la religiosidad, porque el cristianismo consiste en que el hombre se hace Dios a sí mismo, se pone en el lugar de Dios. Y el primero que hizo esto fue Cristo, que *se puso en el lugar de Dios eliminando al Padre*. Por eso dice que la religión del hijo sustituye a la del padre. Cristo

---

<sup>5</sup> Cf. S. FREUD, *Totem y tabú*, en *Obras Completas*, (1913) vol II, Biblioteca Nueva, Madrid 1948. Este tema aparece repetido y reafirmado en otras obras posteriores, por ejemplo en: *Psicoanálisis aplicado*, *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte* de 1915, en la *Autobiografía* de 1925, *El malestar en la cultura* de 1930, *Moisés y la religión monoteísta* de 1939, etc.

<sup>6</sup> J. LACAN, *El seminario de Jacques Lacan, Libro 7, Lección 23, Las metas morales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires 2007, 367.

es el primer cristiano que se puso en el lugar de Dios, matándose a sí mismo se hizo Dios y mató a Dios espiritualmente<sup>7</sup>.

El cristianismo así entendido, es el que mejor responde a la humanidad que va evolucionando. El cristianismo significa para Freud, la *confesión orgullosa* del pecado original. Cuando los católicos comulgan reviven este pecado, que expresa la *realidad psíquica* más profunda, la *rebelión del hombre contra Dios*, el ponerse en su lugar asimilando sus prerrogativas. La comunión es una nueva eliminación del padre, una repetición del *parricidio* fundamental. El hombre debe tomar conciencia de esta realidad; se hace Dios por medio de la toma de conciencia. Sin lugar a dudas, Freud interpreta la condición de la persona que se halla *sin la gracia* (quizás por la propia experiencia personal), lejos de Dios y contraria a su Voluntad.

Dice Freud en su obra *Totem y tabú* (1913): «Nuestra mirada persigue a través de los tiempos la identidad de la comida totémica con el sacrificio de animales, el sacrificio humano teoantrópico y la eucaristía cristiana y reconoce en todas estas solemnidades la consecuencia de aquel crimen que tan agobiadoramente ha pesado sobre los hombres y del que, sin embargo, tienen que hallarse tan orgullosos. La comunión cristiana no es el fondo sino una nueva supresión del padre»<sup>8</sup>.

Esto es lo más importante respecto a la actitud que deberá tener toda persona que se psicoanalice y que quiera llegar a una vida normal (si bien en el psicoanálisis no hay un concepto claro de normalidad), lograr sus deseos de ponerse en el lugar del padre, en el lugar de Dios. Los que se psicoanalizan asimilan esta actitud, aunque más no sea, inconscientemente.

Para Freud, Dios es una proyección, una representación hecha de modo inconsciente de ese recuerdo del padre tirano respecto del cual hay una relación ambivalente cargada de conflictividad, que se resuelve con la eliminación del padre (o sea de Dios). Más tarde Lacan aclarará estos conceptos diciendo: «el Padre solo prohíbe el deseo con eficacia porque está muerto [...] Tal es el mito que Freud propone al hombre moderno, en la medida en que el hombre moderno es aquel para quien Dios está muerto»<sup>9</sup>.

En la teoría freudiana, la transformación de la actitud respecto del padre no se limitó al orden religioso, sino que influyó en la *organización social* que fue haciéndose patriarcal, lo cual significó ya una evolución. Así apareció la familia, que reproduce la horda primitiva y

<sup>7</sup> Cf. S. FREUD, *Moisés y la religión monoteísta* (1934), en *Obras Completas*, vol III, Biblioteca Nueva, Madrid 1981.

<sup>8</sup> S. FREUD, *Totem y tabú*, 503,504.

<sup>9</sup> J. LACAN, *El triunfo de la religión*, 37.

que luego deberá desarrollarse en las formas ya descritas de rebelión y eliminación de la autoridad, para ocupar su puesto<sup>10</sup>. Sin embargo, también esta *familia* está sujeta a la ley de la evolución; afirma Freud que debe ‘progresar’ hacia formas aun poco conocidas a principios del siglo XX. Hoy en día ya es claramente manifiesta la proposición de “otros modelos de familia”. Por la actualidad del tema, vale la pena citar a Freud en su obsesiva crítica a la cultura de valores cristianos que, para el iniciador del psicoanálisis, es la causante de los trastornos neuróticos. Dice Freud respecto al matrimonio: «La cultura actual nos da claramente a entender que sólo está dispuesta a tolerar las relaciones sexuales basadas en la unión única e indisoluble entre un hombre y una mujer, sin admitir la sexualidad como fuente de placer en sí, aceptándola tan sólo como instrumento de reproducción humana que hasta ahora no ha podido ser sustituido»<sup>11</sup>.

Este odio al padre fundamentado en la hipótesis de la horda primitiva, trae como lógica consecuencia la envidia, el odio y la agresividad entre los hermanos que rivalizan por ocupar el lugar y obtener las prerrogativas del padre. Expone Freud distintas situaciones en las que los hombres se unen, pero para combatir y destruir a los demás, y así poder hacer uso de su fuerza contra los débiles y excluidos. El hombre es siempre malo, y por eso necesita de “alianzas fraternas” o “contratos sociales” para sobrevivir. Este es el fundamento — según el psicoanálisis — de las instituciones, las obligaciones mutuas, la moral, el derecho, la organización social en general<sup>12</sup>. El famoso mito de la horda salvaje puede ser cierto o no, pero Freud lo usa para su teoría en la cual supone siempre actitudes de soberbia, rebeldía, deseos del parricidio, rivalidades fraternas, etc., que dinámicamente trabajan desde el fondo del psiquismo de cada individuo.

El psiquiatra de familia católica Jacques Lacan, introduce el concepto de *nombre-del-padre*, considerando la noción medular del complejo de Edipo. Para Lacan el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Y el lenguaje por medio del *nombre*, permite separar del ser, permite pervertir la realidad con la mentira como verdad, generar algo puesto por el hombre y no por el Creador. El *nombre-del-padre* es un concepto fundamental del psicoanálisis, porque se relaciona con el deseo del parricidio. Dice Lacan: «pues es en razón de ese nombre del padre, que mi deseo es conducido a ese punto doloroso, crucial, que es el de matar a mi padre»<sup>13</sup>. Y añade: «La hipótesis del inconsciente - Freud lo subraya — es algo

---

<sup>10</sup> Cf. S. FREUD, *Totem y tabú*.

<sup>11</sup> S. FREUD, *El malestar en la cultura*, (1929) en *Obras Completas*, vol III, Biblioteca Nueva, Madrid 1981, 3042.

<sup>12</sup> Cf. S. FREUD, *Moisés y la religión monoteísta*.

<sup>13</sup> J. LACAN, *El seminario 12*, clase 5. *Jacques Lacan en CD*.

que no puede sostenerse más que al suponer el Nombre-del-Padre. Suponer el Nombre-del-Padre, por cierto, esto es Dios. Es en eso que el psicoanálisis, de tener éxito, prueba que el Nombre-del-Padre, se puede prescindir de él. Se puede muy bien prescindir de él a condición de servirse de él.»<sup>14</sup>

El psicoanálisis, al eliminar al Padre que es generador de vida, dador de bienes y promotor del verdadero crecimiento, llega necesariamente al concepto de *pulsión de muerte* como el más importante instinto que mueve el hombre; y el *ser-para-la-muerte* como la única meta de la vida. En última instancia, la negación del Padre significa la negación de la vida misma. Nuestra época se hace eco de este pensamiento y es así como vivimos la más aterradora “cultura de muerte”. No por nada concluye Lacan que este odio a Dios alcanzará toda su realidad en el Juicio Final condenatorio, donde triunfará la más espantosa muerte, la muerte del alma con el suplicio sin fin.

La actitud rebelde al Padre destruye la fundamental vocación del hombre, la de ser hijo en el Hijo, y estar unido al Padre por el Amor. La vida trinitaria es la verdadera familia a la que estamos llamados, y de la cual la familia terrena es sólo un símbolo. Por eso el sentido familiar y comunitario se aniquila cuando el hombre elimina a Dios de la vida, destruyéndose así todos los lazos fraternos. La vida social se quiebra cuando se niega al Padre que hermana a todos los hombres; se rompen los vínculos de pertenencia que nos ligan a la comunidad y sus tradiciones. Es ilusorio pensar en construir una patria terrena de hermanos en paz y sin pobreza, si no hay una vida evangélica que estreche la relación con el Padre del cielo.

Pero esta situación crítica no se da tan sólo de parte del hijo por la rebeldía a la familia, a la autoridad, a la moral y la fe que le enseñaron, sino también por la negligencia y debilidad de los mismos padres. Porque esta problemática fundamental de la vida psíquica y social, tiene su revés, y es la *crisis de paternidad* que sufrimos en la actualidad, y que abre un capítulo totalmente nuevo y desgarrador en la historia de la civilización occidental y cristiana. Y esto puede decirse aún más cuando se trata del sentido amplio de “padre”, del cual nos hablaba Santo Tomás.

Hoy en día son muchos los huérfanos. No sólo en las familias con la ausencia del progenitor, sino que también nos encontramos con comunidades huérfanas de “padres” vigorosos, que amen la vida, que busquen el crecimiento de “sus hijos”, que sepan ser dadores de bienes, y sobre todo de los más altos que son los espirituales, que sepan enseñar con firmeza la recta doctrina de la fe, el temor de Dios y la aversión al pecado, como nos decía

---

<sup>14</sup> J. LACAN, *El seminario 23*, clase 10. *Jacques Lacan en CD*.

Santo Tomás. No puede haber verdadera paz en la patria terrena, si se vive esta triste orfandad.

No se puede ser buen padre, si no se es buen hijo de Dios. Desgraciadamente no todos los “padres” honran la sublime vocación a participar de la obra del Padre de los cielos y a asemejarse a Él en la noble misión que les fue encomendada. Y esto trae graves consecuencias, no sólo psíquicas en las generaciones jóvenes, sino también en la desorientación de los pueblos, a nivel social y hasta mundial.

Si se niega a Dios, que es Padre, es imposible construir una patria de hermanos; sólo podremos tener un “pueblo de demonios”<sup>15</sup> como decía Kant.

La plenitud del hombre consiste en ser un buen hijo, como el Hijo obediente al Padre. Por eso Dios, que suscita santos para cada época — frente a la rebeldía y la eliminación del Padre proclamada por la modernidad — nos propone imitar a Santa Teresita de Lisieux, como modelo de la infancia espiritual fundada en la confianza filial y el abandono total del hijo, en los brazos de su Padre.

Zelmira Seligmann

---

<sup>15</sup> I. KANT, *Hacia la paz perpetua, un esbozo filosófico*, Biblioteca Nueva, Madrid 1999, 105.